

dir varias veces su chaqueton, cuyos bolsillos estaban llenos de granizo.

La tormenta venia del Oeste y azotaba la barrera de los Douvres, pero Gilliatt tenia en ella la mayor confianza. Formó esta barrera de un gran trozo de la proa de la *Duranda*, que recibia con rigidez el choque de las olas; la elasticidad es una resistencia. La barrera de los Douvres tenia buenas condiciones; estaba, además, tan ingeniosamente amarrada, que el agua que la golpeaba por encima era para ella el martillo que hinca el clavo; la apoyaba más y más en la roca y la consolidaba; para demolerla era preciso derribar los Douvres. Efectivamente, las ráfagas solo conseguian lanzar al barco por encima del obstáculo algunos esputos de espuma. Por aquella parte la tempestad no era temible. Gilliatt volvió las espaldas á sus imponentes esfuerzos y tranquilo oia detrás de él aquella rabia inútil.

Los copos de espuma, que volaban en todas direcciones, parecian vedijas de lana. El agua copiosa é irritada inundaba las rocas, subia sobre ellas, penetraba en la red de hendiduras interiores y por estrechas grietas, y volvía á salir de las masas graníticas. En distintos puntos, hebras de plata desde los agujeros caian graciosamente al mar.

Gilliatt estaba ya terminando la bovedilla de refuerzo de la barrera del Este.

De repente vió gran claridad; cesó la lluvia, se diseminaron las nubes, varió el viento, abrióse en el cenit una especie de alta ventana crepuscular y los relámpagos se extinguieron; parecia que iba á terminar la tormenta, pero empezaba.

La variacion del viento era del Suroeste al Noroeste.

La tempestad iba á entrar en batalla con un nuevo ejército de huracanes. El Norte iba á dar el violento asalto. Los marinos llaman á esa segunda parte tan temida la *ráfaga de la gran prueba*. El viento del Sur trae más agua; el del Norte más electricidad.

Viniendo ahora la agresion del Este, atacaba el punto débil de Gilliatt; éste suspendió el trabajo y se puso á observar.

Colocóse sobre una roca saliente y vertical detrás de la segunda bovedilla, que estaba casi terminada. Si el agua arrasaba el primer zarzo de rompe-olas, hundiria tambien el segundo, que no estaba aun consolidado, y esta demolicion aplastaria á Gilliatt; seria despeda-

zado en el punto que acababa de elegir, antes de que se sumergieran en el abismo el barco, la máquina y todo su trabajo. Tal era la terrible eventualidad que Gilliatt corria y aceptaba. En el naufragio de todas sus esperanzas necesitaba morir, morir el primero, porque la máquina era para él como un sér querido. Se levantó con la mano izquierda los cabellos humedecidos por la lluvia, que le caian sobre los ojos; cogió con la mano derecha el martillo, se inclinó hácia atrás, colocándose tambien en actitud amenazadora, y esperó.

No esperó mucho tiempo.

El resplandor de un rayo dió la señal: cerróse la abertura pálida del cenit, sopló de repente una bocanada de aire de chubasco, se oscureció todo, y Gilliatt no vió ya más claridad que la luz de los relámpagos. Empezaba el ataque sombrío.

Una ola poderosa, que iluminaban los continuos relámpagos, se levantó hácia el Este, más allá del peñasco el *Hombre*. Parecia inmenso rodillo de cristal; era verdosa y sin espuma y ocupaba gran parte del mar, avanzando hácia el rompe-olas. Iba ensanchándose á medida que se acercaba. El trueno gruñia sordamente.

La ola gigantesca alcanzó el peñasco el *Hombre*; se dividió en dos y cada parte se fué por un lado. Al volverse á reunir, los dos trozos formaron una montaña de agua, que estaba perpendicular al quebranta-olas, cuando antes estaba paralela á él. La ola tenia la forma de una viga. Era un ariete arrojado contra el rompe-olas. El choque fué rugidor y todo se desvaneció entre la espuma.

Poco despues la espuma se disipó. Gilliatt continuaba en pié. La barrera pudo resistir; ni se le rompió una cadena ni se le desclavó un clavo. Demostró que estaba construida magistralmente.

Afortunadamente la tormenta estuvo algun tiempo divagando. Las olas volvieron á encarnizarse contra las partes muradas del escollo, y de esto se aprovechó Gilliatt para terminar la bovedilla de refuerzo. En este trabajo pasó todo el dia. La tormenta siguió chocando contra el flanco del escollo con solemnidad lúgubre. La urna de agua y la urna de fuego de las nubes se vertian sin vaciarse nunca. Las ondulaciones altas y bajas del viento remedaban los movimientos de un dragon.

Como el dia fué tan oscuro, cuando llegó la noche no se notó siquiera. La

oscuridad era completa. Las tempestades que ilumina y ciega el rayo ofrecen lo visible y lo invisible con intermitencias.

Una zona de fósforo, de color rojo boreal, flotaba como andrajo espectral detrás de las nubes densas, que las hacia palidecer. La lluvia era luminosa. Estas claridades ayudaban á Gilliatt y le dirigian. Una vez, levantando la vista al cielo, le dijo á un relámpago: ¡Alúbrame! Gracias á su resplandor, pudo hacer más alta que la primera la bovedilla segunda y el rompe-olas quedó casi completo. Cuando Gilliatt amarraba á la roda culminante un cable de refuerzo, el viento le sopló de lleno en la cara y le hizo levantar la cabeza. El viento se inclinó de pronto al Nordeste; por consiguiente, volvía á empezar el ataque de la boca del estrecho. Gilliatt miró á lo lejos y vió que el rompe-olas iba á ser arrollado otra vez, porque venia hácia él otra ola.

Esta ola acometió rudamente, tras ésta otra y otra, cinco ó seis llegaron en tumulto, casi juntas, y la última fué espantosa.

Esta, que resumia un total de fuerzas, tenia el aspecto de cosa viviente. La imaginacion podia dar á su entumecimiento y á su transparencia aspecto de agallas y de aletas. La ola se rompió, destrozándose al chocar con el rompe-olas; en su destrozo contra la pesada mole de rocas y de tablas se veia algo parecido al aplastamiento de una hidra. La ola, al morir, devastaba; parecia que se encaramaba y mordía, y removió el escollo con profundo temblor, en el que se oyeron mezclados gruñidos de bestia. La espuma parecia la saliva de un Leviatán.

La espuma, al desaparecer, dejó ver una avería. El último escalamiento causó estragos; habia sufrido el rompe-olas. Una viga pesada y larga, que arrancó de la bovedilla anterior, fué lanzada por encima de la barrera de atrás contra la roca vertical que un momento escogió Gilliatt para sitio de combate. Afortunadamente éste no volvió á subir allí, que á haber subido hubiera quedado muerto en el acto.

La singularidad de la caída de la viga la impidió rebotar y libró á Gilliatt del contra-golpe. Como vamos á ver, en cierto modo esto le fué hasta útil.

Entre la roca saliente y el escarpe interior del desfiladero habia un intervalo, una muesca, que tenia bastante pare-

cido con la entalladura de un hacha ó con el alvéolo de una cuña. Una de las extremidades del tablon que lanzó al aire la ola se embutió al caer en el alvéolo y lo ensanchó.

Esto le sugirió una idea á Gilliatt. Pasar sobre la extremidad opuesta del tablon.

El tablon, que estaba sujeto por un extremo en la hendidura de la roca que ensanchó, salia recto como un brazo tendido, prolongándose paralelamente á la fachada interior del desfiladero; el extremo libre del tablon se alejaba del punto de apoyo unas veinte pulgadas, que era gran distancia para los esfuerzos que era preciso hacer.

Gilliatt se apuntaló con los piés, con las rodillas y con los puños contra la escarpadura, pegando los hombros á la enorme palanca. Como el tablon era largo, aumentaba la fuerza del peso de Gilliatt. Aunque la roca estaba ya conmovida, tuvo que multiplicar cuatro veces sus esfuerzos. Le chorreaba del cabello tanto sudor como lluvia. Al hacer el cuarto esfuerzo, que fué frenético, dió un ronquido la roca; la muesca, ensanchada y hendida, se abrió como una mandíbula, y la pesada mole cayó en el estrecho del desfiladero con horrible estrépito, al que replicaron los truenos.

Cayó entera, esto es, sin romperse, como una torre que se precipita en una sola pieza. El tablon, convertido en palanca, siguió á la roca, y Gilliatt, cediendo al empuje, estuvo próximo á caer.

El monolito, al chapucear, salpicando de espuma á Gilliatt, quedó acostado entre las dos rocas grandes y paralelas del desfiladero y formó una muralla transversal, una especie de eslabon que unia los dos escarpes. Sus dos extremos tocaban en el desfiladero; como era demasiado largo, su vértice de roca musgosa se rompió al encajarse. Resultó de su caída un callejon sin salida, que aun hoy dia puede verse. El agua, detrás de esa barrera de piedra, permanece siempre tranquila.

Constituia una trinchera más invencible que el pedazo de la proa de la *Duranda* embutida entre los dos Douvres; trinchera que se levantó muy á propósito.

Continuaba la marejada y las olas se obstinaban en estrellarse contra el obstáculo. La primera bovedilla atacada comenzaba á desarticularse. Deshacerse solo una malla en un rompe-olas causa grave avería; el ensanche del agujero es

inevitable y no se puede reparar en el acto, porque el oleaje se llevaría al trabajador.

Una descarga eléctrica, que alumbró el escollo, descubrió á Gilliatt el estrago que habia sufrido el rompe-olas; se le habian aflojado los tablones, los cabos de cuerda y de cadena empezaban á ser juguete del viento y se divisaba una abertura en el centro del aparato. La segunda claraboya estaba intacta.

El bloc de piedra que tan poderosamente arrojó Gilliatt en el estrecho del escollo era una barrera sólida, pero tenia el defecto de ser demasiado baja. El oleaje no podia romperla, pero podia saltarla.

No podia levantarse más; solo era posible sobreponer á la barrera de piedra masas de roca; pero ¿cómo desprenderlas, arrastrarlas y consolidarlas? Se ajustaban tablas sobre tablas, pero no rocas sobre rocas. Gilliatt no era Encebado.

La falta de elevacion de aquel pequeño istmo de granito tenia preocupado á Gilliatt. No tardó mucho en conocer este defecto. Las ráfagas no dejaban en paz al rompe-olas: se encarnizaban de tal modo contra él, que parecia que se dedicaran á destruirle. Se oia una especie de pateo sobre aquella armazon tan traqueteada.

De pronto un pedazo de burel, destacado de la dislocacion, saltó más allá de la segunda bovedilla y fué á parar al desfiladero, donde el agua se apoderó de él y lo arrastró hasta las sinuosidades de la callejuela. Allí Gilliatt le perdió de vista. Era probable que aquel pedazo de viga fuese á chocar contra su barco. Por fortuna el agua, encerrada por todos lados en el interior del escollo, se resentia apenas del sacudimiento exterior. Como habia poca marejada, el choque no podia ser muy rudo. Además, Gilliatt no tenia tiempo para ocuparse de aquella avería, si realmente habia sucedido. Todos los peligros se le presentaban á la vez: la tempestad se concentraba en su punto vulnerable, y el inminente peligro estaba ante él.

Como por connivencia siniestra, los relámpagos se interrumpieron y reinó profunda oscuridad. La nube y la ola se combinaron como un solo enemigo, y se oyó un golpe sordo.

A este golpe sucedió un fracaso.

Gilliatt levantó la cabeza y miró. La bovedilla, que era el frente de la barrera, se habia hundido. Veia saltar en las

olas las extremidades de las vigas, y que el mar se servia del primer rompe-olas para batir en brecha al segundo. Gilliatt sintió la conmocion que experimentaria el general que viese derrotada su vanguardia.

La segunda fila de tablones resistió el choque; estaba bien apuntalada y atada con solidez. Pero pesaba mucho la bovedilla rota; estaba á discrecion de las olas, que la arrojaban, la volvian á coger y la volvian á arrojar, y conservaba siempre su volumen, impidiéndola hacerse pedazos las ligaduras que la sujetaban aun. De modo que las buenas cualidades con que Gilliatt la dotó como aparato de defensa, la convirtieron en excelente máquina de destruccion. Era escudo y se trocó en maza. Además, las quebraduras le hacian formar puntas; salian de su superficie numerosos clavos y astillas, y estaba como cubierta de dientes y de espolones. No era posible idear arma tan contundente, tan temible y tan á propósito para que la tempestad la manejase. Era el proyectil y el mar la catapulta.

Los golpes se sucedian con cierta regularidad trágica. Gilliatt estaba pensativo detrás de la puerta que él tapió, oyendo cómo llamaba la muerte, que queria entrar.

Reflexionaba con amargura que si la tempestad no hubiera retenido fatalmente la máquina de la *Duranda*, á aquellas horas hubiera ya entrado en el puerto de Guernesey.

Se realizó lo que Gilliatt temia. Se verificó un fraccionamiento que produjo ruido de estertor. Toda la armazon del rompe-olas á la vez, las dos armaduras confundidas y desmenuzadas á un tiempo, fueron arrastradas por las olas hasta la barrera de piedra y allí se detuvieron. Aquello fué un caos, informe maleza de tablones, por donde penetraban las olas, pulverizándolos. La muralla vencida agonizaba heroicamente.

El mar la despedazaba, pero el mar se rompía contra ella. Hasta derribada era útil. La roca, formándole una barrera, un obstáculo sin retroceso posible, la retenia por el pié. El desfiladero era muy estrecho por aquel punto; la ráfaga victoriosa habia hecho retroceder el rompe-olas entero, destrozado y machacado; la violencia misma del empuje, apilando las vigas y hundiendo las unas en las fracturas de las otras, construyó con aquella demolicion un aplastamiento sólido. Lo destruido era inquebranta-

ble. Solo saltaron algunos tablones, que dispersó el oleaje. Uno de ellos hendió el aire tan cerca de Gilliatt, que sintió en la frente el viento que le arrojaba con ímpetu.

Algunas de las olas grandes saltaban por encima del arruinado rompe-olas, y al caer en el desfiladero, á pesar de los recodos, agitaban el agua. El oleaje del estrecho comenzaba á agitarse demasiado.

¿Cómo impedir que esta agitacion se prolongase hasta su barco? Necesitaban poco tiempo las ráfagas para volver tempestuosa toda el agua del interior, y unos cuantos golpes de mar bastarian para abrir el buque de Gilliatt y para tragarse la máquina.

El se estremecia, pero no se desconcertaba. No se abatía nunca la grandeza de su alma.

Entre tanto el huracán encontró la coyuntura favorable y se engolfaba frenético entre las dos murallas del estrecho.

De repente, á alguna distancia detrás de Gilliatt, resonó y se prolongó en el desfiladero un estallido más espantoso que todo lo que Gilliatt hasta entonces habia oido.

Se oyó por la parte donde estaba su barco.

Debió suceder algo funesto.

Gilliatt corrió á ver el buque.

Desde la boca del Este, donde se encontraba, le impedian verlo las tortuosidades del desfiladero. Al estar cerca de él se paró, esperando la luz de un relámpago.

El relámpago llegó y le hizo ver lo que deseaba.

El golpe de mar en la boca del Este habia coincidido con una arremetida del viento en la boca del Oeste, y en este punto se iniciaba un desastre.

El barco no tenia ninguna avería visible. Del modo que estaba anclado ofrecia poco blanco á los embates del viento y de las olas, pero el esqueleto de la *Duranda* amenazaba desplomarse. Sus ruinas presentaban á la tempestad mucha superficie. Estaban enteramente fuera del agua y en el aire. El agujero que practicó Gilliatt en el casco para extraer la máquina debilitó los restos de la *Duranda*. Tenia la quilla cortada; era un esqueleto al que se le habia roto la columna vertebral. Como el huracán fué muy ricio, no necesitó más. El puente se habia plegado como un libro que se abre; se produjo en ella un desmembramiento,

que fué el que causó el estallido que oyó Gilliatt.

El espectáculo que vió al acercarse á la *Duranda* parecia casi irremediable.

La incision cuadrada que él practicó se habia convertido en llaga, en la que el viento abrió una fractura. Esta rotura transversal dividia en dos al buque destrozado. Su parte posterior, próxima al barco de Gilliatt, permanecia firme, apoyada entre las rocas. La parte anterior estaba colgando. Una fractura, cuando no es completa, es un gozne. Aquella masa oscilaba al rededor de sus roturas, como si éstas fueran bisagras, y el viento la balanceaba con imponente ruido.

Por fortuna el barco no estaba debajo de la *Duranda*.

Pero el balanceo conmovia la otra mitad del casco, aun incrustado é inmóvil entre los dos Douvres, y podia caer arrancado. Si el viento le batía con obstinacion, la parte dislocada podia arrastrar á la otra, que casi estaba tocando con el barco, y éste y la máquina cederian al golpe y al peso y bajarían al abismo. Gilliatt comprendió que ese peligro seria para él la gran catástrofe.

Cómo conjurarla?

Gilliatt era uno de esos hombres que del mismo peligro hacen brotar el socorro.

Meditó un momento.

Fué al almacén y cogió el hacha. Después subió al buque naufragado. Sentó el pié en la parte de cubierta que no estaba doblada ni inclinada sobre el precipicio que separaba á los dos Douvres, y acabó de romper los tablones, medio fracturados, y de cortar las ligaduras que aun quedaban en el averiado casco. Su operacion se reducía á acabar de separar los dos trozos del buque naufragado, dejando en su sitio la mitad de él, que estaba aun enclavada, y á echar al agua la otra mitad, que servia de piqueta al viento y á la tempestad. Esa operacion era más peligrosa que difícil. La mitad del casco que estaba colgando, y que sacudían el viento y su propio peso, solo estaba adherida por algunos puntos. El conjunto de la *Duranda* se asemejaba á una ventana con dos puertas, en la que una de ellas medio desclavada golpeará á la otra. Solo se mantenían firmes cinco ó seis tablas, dobladas y resquebrajadas, pero no rotas. Sus fracturas crujían y se ensanchaban á cada embestida del huracán, y el hacha casi no tenia que hacer más que

ayudar al viento. Las pocas adherencias, que facilitaban el trabajo de Gilliatt, eran para él el verdadero peligro. Todo podía á la vez venirle abajo y arrastrarle en su caída.

La tempestad se hallaba en su paroxismo; hasta entonces fué imponente, ahora llegaba á ser horrible. La convulsion del mar invadió el cielo. La nube, que hasta aquel momento fué soberana y obraba como queria, dábale impulso, infundía á las olas su locura, pero conservaba, sin embargo, no sé qué lucidez siniestra. Abajo dominaba la demencia, arriba la cólera. El cielo es el soplo, el Océano solo es la espuma. El huracán es un génio, pero la embriaguez de su propio horror le habia turbado y no era más que un torbellino. Era la ceguedad engendrando la noche.

En las tormentas hay un momento insensato, que es para el cielo como un vapor que se le sube al cerebro. El abismo no sabe lo que se hace y fulmina rayos á tientas. Ese momento es espantoso. La trepidacion del escollo llegaba á su colmo. Toda tempestad tiene misteriosa ostentacion, pero que la pierde cuando llega ese momento. Es el lado malo de la tempestad. *Entonces, decia Tomás Fuller, el viento es un loco furioso.* Entonces las tempestades hacen el gasto continuo de electricidad que Pidginton llama *la cascada de relámpagos.* Entonces aparece en lo más negro de la nube, para espiar el azoramiento universal, un círculo de resplandor azul, que los antiguos marinos españoles llamaban *el ojo de la tempestad.*

Este ojo lúgubre miraba á Gilliatt, que estaba observando la nube. A cada hachazo que daba se erguia altanero. Estaba ó parecia estar demasiado perdido para que no le dominase el orgullo. Desesperaba? No. Ante el supremo arrebató de rabia del Océano era tan prudente como atrevido. Solo ponía los pies en los puntos sólidos de la *Duranda.* Como la tempestad, tambien habia llegado á su paroxismo. Su vigor se centuplicaba; estaba loco de intrepidez. Sus hachazos resonaban como desafíos. Parecia haber ganado en lucidez lo que la tempestad habia perdido. En este terrible conflicto luchaban, por una parte lo inagotable y por otra lo infatigable, hasta vencerse el uno al otro.

Las nubes terribles modelaban en la inmensidad máscaras de górgonas, causando la mayor intimidacion posible; la lluvia venia de las olas; la espuma, de

las nubes; los fantasmas del viento se encorvaban; fases de meteoros aparecian purpúreos y se eclipsaban, haciendo más negra la oscuridad despues de sus desvanecimientos; un chaparron inmenso caia por todas partes; todo era ebullicion; la sombra en masa se desbordaba; los cúmulos cargados de granizo, desgarrados y de color de ceniza, parecian ser presa de frenesí giratorio; se oia en el aire ruido de granos secos pasados por una criba; las electricidades inver-sas, que observó Volta, producian de una á otra nube su fuego culminante; las prolongaciones del rayo eran espantosas; los relámpagos tocaban casi á Gilliatt, que parecia asombrar al abismo.

Iba y venia por la *Duranda* vacilante; sus pasos hacian temblar la cubierta y golpeaba, cortaba y tronchaba, con el hacha en la mano, lívido á la luz de los relámpagos, desmelenado, descalzo y haraposo, con el rostro lleno de salivazos del mar y grande en medio de aquel laberinto de truenos. Solo la destreza puede luchar contra las fuerzas en delirio, y la destreza hacia triunfar á Gilliatt. Quería producir la caída general de la parte de buque dislocada, y debilitaba las partes próximas á derrumbarse, sin romperlas del todo, para dejar algunas fibras que sostuviesen el resto. De pronto se paró con el hacha levantada. Habia terminado la operacion. El pedazo entero se desprendió.

La mitad del esqueleto de la *Duranda* se deslizó entre los dos Douvres ante la vista de Gilliatt, que estaba sobre la otra mitad de pié, inclinado y observando. El trozo desprendido cayó verticalmente en el agua, salpicó las rocas y se detuvo en la angostura antes de tocar el fondo. Quedó bastante fuera del agua para dominar el oleaje á más de doce piés de altura; el tablero vertical formaba muralla entre los dos Douvres, y como la roca atravesada en el estrecho un poco más arriba, dejaba apenas filtrar la espuma por sus dos extremos. Esta fué la quinta barricada que improvisó Gilliatt en contra de la tempestad en aquella calle del mar. Era una suerte que la proximidad de las paredes hubiera impedido á esta barrera llegar hasta el fondo. Así tenia mayor altura; además, podia el agua sin obstáculo pasar por debajo y aumentar la fuerza de las tablas.

Desde entonces estaba ya vencida la borrasca: Gilliatt no podia temer ni por su barco ni por la máquina. El agua no

podia ya circular á su alrededor. Entre la cerca de los Douvres que les cubria por el Oeste y la nueva barrera que les protegía por el Este, ningun golpe de mar ni de viento podia alcanzarlos.

Gilliatt sacó su salvacion de la misma catástrofe, consiguiendo la ayuda de la tempestad. Convencido de que estaba sano y salvo, tomó de un charco de lluvia un poco de agua con el hueco de la mano, bebió, y dirigiéndose al huracán, le dijo:—Zopenco!

Dá alegría irónica á la inteligencia que combate hacer constar que la vasta estupidez de las fuerzas furiosas solo consigue prestarle servicios, y Gilliatt sintió la inmemorial necesidad de insultar al enemigo, necesidad que se remonta á los tiempos de Homero.

Gilliatt fué á su buque, aprovechándose de la claridad de los relámpagos, para examinarle. Ya era hora de que acudiera á socorrerle. Soportó violentas sacudidas y comenzaba á torcerse. Gilliatt no le encontró ninguna avería á primera vista, á pesar de que reconoció que habia sufrido choques rudos.

En cuanto el agua se calmó, el casco se habia enderezado por sí mismo; las anclas se habian portado bien, y las cuatro cadenas sujetaban admirablemente la máquina. Cuando Gilliat terminó de pasar esta revista, un objeto blanco pasó muy cerca de él y se sumergió en la oscuridad. Era una paviota.

En las tormentas esta es la aparicion más agradable. Cuando las aves vienen el huracán se vá.

Gilliatt vió otra buena señal; la tronda aumentaba.

Las supremas violencias de la tempestad la desorganizan, y todos los marinos saben que la última prueba es ruda, pero corta. El exceso de rayos anuncia el fin de la borrasca.

La lluvia paró bruscamente. El huracán cesó; se quebró, por decirlo así. El inmenso aparato de nubes se deshizo. Una rendija de cielo claro brilló en la oscuridad. Gilliatt quedó estupefacto; estaba en pleno dia.

La tempestad habia durado cerca de veinte horas.

El viento que la trajo se la llevó. Oscuridad difusa llenó el horizonte. Las brumas rotas y fugitivas se amasaron en tumulto; hubo de un extremo á otro de la línea de las nubes un movimiento de retirada. Se oyó largo rumor decreciente, cayeron algunas rezagadas gotas de lluvia, y toda aquella sombra llena de

truenos huyó como un cortejo de carros terribles.

De repente el cielo quedó azul.

Gilliatt se apercibió de que estaba fatigado. El sueño se abate sobre el hombre rendido como una ave de presa. Gilliatt se dobló y se dejó caer en el barco sin buscar sitio y se quedó dormido. Permaneció así algunas horas inerte y tendido, casi como los tablones y las vigas sobre los que yacia.

LIBRO CUARTO.

Los dobles fondos del obstáculo.

I.

No es el único que tiene hambre.

Quando Gilliatt se despertó tenia hambre.

El mar se iba apaciguando, pero aun estaba demasiado agitado para poder partir en seguida. Además, el dia iba declinando, y para llegar á Guernesey con la carga que llevaba Gilliatt á la media noche necesitaba hacerse á la vela al rayar el dia.

Aunque el hambre le apremiaba, lo primero que hizo fué desnudarse para entrar en calor. Su ropa, que empapó la lluvia, la habia lavado el agua del mar y podia secarse. Solo se dejó puesto el pantalon, que se lo levantó hasta las rodillas.

Extendió y fijó con guijarros sobre las prominencias de las rocas la camisa, el chaqueton, el capote, las polainas y la piel de carnero.

Despues pensó en comer.

Recurrió á la navaja, que tenia cuidado de afilar y mantener siempre en buen estado, y con ella arrancó del granito algunas lapas. Ya se sabe que las lapas se comen crudas. Esa comida, despues de tantos y tan rudos trabajos, era demasiado frugal. No le quedaba ya galleta, pero agua tenia de sobra.

Aprovechando la circunstancia de estar bajando la marea, registró por entre las rocas, buscando langostas. Tenia bastante terreno á su disposicion y esperaba buena caza.

Pero no pensó que ya no podia cocer nada. Si se hubiera dirigido al almacen, le hubiera encontrado hundido por la lluvia y por el huracán. La madera y el